
Hasta la conclusión del Talmud



Orando ante el Muro Occidental

En este capítulo nos referiremos al desarrollo del judaísmo en el período que va desde fines del siglo I hasta finales del siglo V de nuestra era. Se subdivide en una *época tanaítica* y una *época amoráitica*. La primera llega hasta el año 200 y la segunda hasta el 500.

Época tanaítica

El vocablo *tanna* proviene del arameo *teni*, que significa «transmitir oralmente» o «enseñar». Se designan como *tannaim* o tanaítas al conjunto de los maestros judíos que se destacaron desde el tiempo de Hillel y Shammai hasta la compilación definitiva de la Misná. Así, se distingue a los tanaítas de los «ancianos anteriores» (*zekenim rishonim*) y de los sabios posteriores o *amoraim*. Los tanaítas eran a la vez eruditos en la Torá y la tradición oral, y maestros en lo intelectual y lo moral. Ejercieron un indiscutible liderazgo de su pueblo, en especial tras la caída de Jerusalén.

«Exponían la Ley y la enseñaban al pueblo en academias y sinagogas. Alentaban al pueblo, elevaban sus espíritus y lo exhortaban a elevados objetivos morales... Adicionalmente, sus líderes representaban al pueblo ante las autoridades civiles romanas, hasta yendo a Roma para rogar por sus causas y aliviar sus aflicciones. Así, su compromiso no era meramente con lo espiritual, sino también con los desarrollos sociales y políticos de la nación. Sus logros en todas estas esferas frente a avasallantes dificultades objetivas son testimonio elocuente de su gran espíritu y capacidad.»¹

El período tanaítico tiene tres hitos fundamentales: la destrucción de Jerusalén en 70; el sofocamiento de la revuelta liderada por Bar Kojba en 135, y la edición de la Misná hacia el 200. No sin cierto artificio, se reconocen cinco generaciones de tanaítas desde Hillel hasta Judá Ha-Nasí (compilador de la Misná). Así como la personalidad más destacada entre Hillel y la destrucción del Templo fue

Gamaliel el Viejo, tras este acontecimiento sobresalió Rabbán Yohanan ben Zakkai. Como dijimos en el capítulo II, Yohanan estableció en Yamnia el centro de su actividad y reunió un grupo destacado de discípulos. Sostuvo extensas discusiones con los últimos saduceos, e introdujo innovaciones como la supresión del juicio de las aguas amargas a las sospechosas de adulterio (*cf.* Nm. 5:12-31).

Los más destacados discípulos de Yohanan fueron Rabí Yosua ben Hananiah y Rabí Eliezer ben Hircano. Este último tenía una academia en Lida, y era un inflexible preservador de la tradición, de vastísima erudición y asombrosa memoria, «como una cisterna bien revocada que no deja perder ni una gota», según dijo su maestro. Rabí Yosua, de la academia de Pekín se caracterizaba por su afabilidad y misericordia; solía decir que «la envidia, el mal deseo y el odio a la humanidad arrojan al hombre fuera del mundo».

El sucesor de Yohanan en Yamnia fue, empero, el nieto de Gamaliel, que tenía igual nombre.

Gamaliel II desarrolló su actividad entre 96 y 115, y llegó a ser enormemente influyente.

«La academia de Yamnia, de la que él era director, fue reconocida en sus tiempos como la suprema autoridad en Israel. Los más eminentes sabios se reunían en torno a él; en aquel respetado círculo, el juicio de Gamaliel [II] era definitivo.»²

Gamaliel siguió en general la halajá de Hillel, excepto en tres casos, en los que concordó con Shammai. Buscó lograr tanto la aceptación del pueblo judío, como el reconocimiento de las autoridades romanas; «sus rasgos característicos son una mezcla de rigor legal, cierta mundanidad e incluso una mentalidad abierta».

Otro nombre insoslayable es el de Rabí Akiva ben Yosef, discípulo de Yosua y de Eliezer, muy activo entre 110 y 135. No se sabe ciertamente si su academia se estableció en Bene Bekar o en Lida, mas tuvo numerosos discípulos y superó en fama a sus maestros. Akiva realizó una extraordinaria

tarea de codificación y compilación halájica, básicamente encaminada a proveer sustento bíblico a todas las costumbres judías establecidas en su tiempo. Para ello, partía del supuesto de que nada de la Escritura es superfluo. Todo, hasta la última partícula, tenía sanción divina y una razón de ser.

Sobre tal principio, Akiva derivó importantes conclusiones a partir de detalles triviales, coleccionando y clasificando numerosas halajot según reglas mnemotécnicas.

Una leyenda cuenta que Moisés llegó a la academia de Rabí Akiva y fue incapaz de seguir su argumentación, aunque quedó satisfecho al oír que todo aquello se derivaba de la Torá de Moisés. En otro texto, el Talmud subraya humorísticamente el método de Akiva y el avance sobre la Torá que las nuevas normas suponían:

«Cuando Moisés subió al cielo, encontró al Santo, bendito sea, sentado y poniendo pequeñas coronas a las letras [de la Torá]. Asombrado por ello, Moisés preguntó qué estaba haciendo Dios, y se le dijo: Pasadas muchas generaciones, llegará un hombre llamado Akiva ben Yosef que hará derivar montones y montones de normas halájicas de estos pequeños adornos.»³

Akiva, cuyo celo religioso se expresaba también en un ardiente nacionalismo, aceptó a Bar Kojba como el Mesías libertador de Israel, y, con otros tanaítas, murió en aquella última gran revuelta judía (132-135). Pero ni siquiera aquel desastre, que acabó con toda esperanza de restauración política en lo inmediato, fue capaz de detener la labor de los tanaítas; «por el contrario, el estudio de la Torá se hizo aún más intensivo en el período posterior a Bar Kojba».

La obra de depuración, compilación, fijación y clasificación de la halajá fue entonces continuada por los discípulos de Akiva, entre los que se destacó Rabí Meir. La colección resultante de estos esfuerzos fue la base de la Misná, que habría de ser finalmente revisada por Rabí Judá en la siguiente y última generación de tanaítas.

R. Judá, llamado ha Nasí, «el Príncipe» o «Jefe», nació en 135 y murió en 220. Fue tan erudito como rico, y tan pródigo con su conocimiento como con su fortuna. Muy amado y respetado por su sabiduría, humildad y generosidad, llevó a cabo una obra imperecedera al fijar el vasto cuerpo legislativo conocido como *Misná*.

La Misná

El vocablo *mishna* deriva del verbo *shannah*, «repetir», empleado en el sentido de «aprender»: el aprendizaje de la Ley oral era ante todo un ejercicio de repetición. Cuando se usa para designar la Ley oral en conjunto, incluye todos sus aspectos: midrasim, halajot y agadot. Empero, el término se emplea corrientemente en el sentido *restringido* de halajá o derecho común:

«Nuestra Misná... se refiere a los seis órdenes existentes de la Misná que fueron redactados [en hebreo], ordenados y revisados hacia el principio del siglo tercero por Judá ha Nasí, quien también era conocido simplemente como Rabbí.»⁴

Los seis órdenes (*sederim*) de la Misná incluían a su vez varios tratados cada uno, según se resume a continuación.

1º *Seder zeraím* (semillas). Comprende once tratados; el primero, *Berajot* o Bendiciones, trata de las oraciones y bendiciones. Los demás tratan de agricultura, diezmos y ofrendas.

2º *Seder Mo'ed* (Fiesta). Tiene doce tratados; dos se dedican al sábado, y el resto a las otras festividades: Pascua, Día del Perdón, Tabernáculos, Año Nuevo, Suertes, días de ayuno y ofrendas especiales.

3º *Seder nashim* (Mujeres). Contiene siete tratados. Pese a su nombre, se dedica más bien al derecho matrimonial:

levirato, contratos matrimoniales, votos, nazireos, adulterio, divorcio y matrimonio.

4°) *Seder Nezikim* (Daños). Son diez tratados sobre derecho civil y penal: errores culposos, ley civil y penal, jueces, flagelación (Dt. 25:2), juramentos, testimonios tradicionales (*edduyot*), idolatría, y errores de la corte. El penúltimo tratado, *Pirké Avot* o Dichos de los Padres, es una colección de máximas éticas.

5°) *Seder Kodashim* (Cosas sagradas). Consta de once tratados dedicados al Templo y al servicio que en él se ofrecía. Incluye las medidas del Templo, ofrendas de animales y alimentos, votos, sacrificios, sacrilegios, etc. Los rabinos consideraron al estudio de este tratado como un sucedáneo del efectivo servicio del Templo, imposible desde su destrucción.

6°) *Seder Tohorot* (Purezas). Comprende doce tratados sobre leyes de pureza e impureza: sobre cosas, personas, lepra, limpieza, abluciones, etc.

La *Enciclopedia Judaica* dice, a propósito de la Misná:

«Esta soberbia obra de codificación forma la base del vasto cuerpo de ley y tradición amoráita conocido como el Talmud o la Guemará, y de hecho de todos los códigos posteriores. Permanece como el monumento supremo de los logros tanaíticos.»⁵

Otras contribuciones

Si bien la Misná es la corona del esfuerzo de los tanaítas, no debe hacernos olvidar otras contribuciones, como las siguientes:

1. *La delimitación del canon del Antiguo Testamento*. Fue en el período tanaítico cuando por consenso de los sabios

hebreos se estableció de manera definitiva cuáles libros eran Escrituras inspiradas y cuáles no. Este consenso estaba ya en una etapa avanzada de formación en la época de Yohanan. En realidad, no se trató entonces sobre si incluir algún otro libro, sino más bien sobre si había que excluir algunos de los hasta entonces aceptados, en particular Ester y Cantares. Prevalció la opinión tradicional, y los libros incluidos corresponden a los que se hallan hoy en la Biblia judía y en el Antiguo Testamento de las Biblias protestantes. Los libros apócrifos (deuterocanónicos) fueron excluidos sin discusión.

2. La *Tosefta* o colección de «agregados». Es una obra de compilación algo posterior a la Misná, que reúne halajot excluidas de ésta. Fue obra de los tanaítas tardíos Jiya y Osaías, quienes realizaron una selección, ya que excluyeron muchas halajot que luego se incluyeron en el Talmud (las denominadas externas o *beraitot*).

3. Los *midrasim halájicos*, que son compilaciones de comentarios interpretativos del Pentateuco. Basados en normas exegéticas bastante estrictas, partían de la interpretación de un versículo y llegaban a una formulación legal abstracta. Su interés es doble, primero porque llegaron a incorporarse al Talmud, y segundo porque reflejan tradiciones no representadas en la Misná.

«Mientras que la Misná y en una medida levemente menor la Tosefta, representa material que refleja mayormente la tradición de Akiva, como fue transmitida por sus discípulos y enseñada en sus academias, los *midrasim halájicos* reflejan en gran medida la tradición del gran oponente contemporáneo de Akiva, Ishmael, y sus alumnos posteriores.»⁶

4. El *Seder Olam Rabba* o Gran Orden del Mundo, llamado así para distinguirlo de una obra homónima más tardía. Es una cronología sistemática del mundo, desde Adán

hasta la destrucción del segundo Templo. Obra de muchos, su principal autor fue empero el tanaíta Yosé ben Jalafta, de mediados del siglo II. Se basa en fuentes bíblicas y en datos cronológicos tradicionales, y está dividida en tres partes, con diez capítulos cada una. La primera abarca desde la Creación hasta la entrada de Josué en Canaán; la segunda, hasta la muerte del rey Zacarías (745 a.C.); y la tercera, hasta la destrucción del Templo.

«El libro está escrito en un estilo hebreo seco pero claro. Está embellecido con interpretaciones midrásicas de los pasajes bíblicos que se emplean como fuentes para los cálculos cronológicos.»⁷

Rabí Yosé ben Jalafta dató la destrucción de Jerusalén por los romanos en el año 68 de nuestra era, y llegó a la conclusión de que el mundo había sido creado 3.828 años antes, o sea en 3760 a.C. Su cronología era entonces absoluta, pues se remontaba a la Creación. Aunque al principio hubo resistencia, con el tiempo esta cronología fue aceptada por los judíos, y por ello es hoy la base de su datación: 3760 + 1992 = 5752.

5. La *versión griega de Aquila*. La traducción al griego de la Biblia hebrea realizada en Alejandría, conocida como Septuaginta, fue asimismo la primera Biblia de los antiguos cristianos, tanto judíos como gentiles. En ciertos puntos, la traducción se apartaba del texto hebreo tradicional, o lo interpretaba audazmente. Por esta razón, y dado que los cristianos empleaban regularmente la Septuaginta en sus cultos, en sus estudios y en las controversias, surgió entre los judíos la iniciativa de producir una versión más «exacta», o sea, conforme a su propia exégesis. Hubo varios intentos, pero la principal versión fue la de Aquila, un griego del siglo II convertido al judaísmo, que al parecer fue discípulo de Akiva. Esta

traducción llegó a ser muy estimada por las comunidades judías de la diáspora, y durante siglos estuvo en uso en las sinagogas.

«Aquila se esforzó por mantenerse lo más cerca posible de la letra del texto hebreo, reproduciendo aun la etimología de las palabras y el fraseo de las expresiones idiomáticas.»⁸

La virtud más apreciada por los destinatarios de la traducción, es decir su literalismo servil, era también desde el punto de vista literario su peor defecto. Según Martin Noth, la versión de Aquila era «tan literal que no se arredró ante las más grotescas desfiguraciones de la lengua griega con tal de salvar la literalidad estricta, llevando a cabo, más que una traducción una transposición del hebreo a palabras griegas».⁹

Época Amoraíta o Talmúdica

Los continuadores directos de la obra de los tanaítas son los llamados *amoraim*, palabra aramea que significa «intérpretes» o «expositores». Su labor se desarrolló entre los siglos III y VI de nuestra era. Su autoridad fue teóricamente inferior a la de los tanaítas, y su principal labor consistía en aclarar, extender o limitar los alcances de las halajot misnaicas, adaptándolas a las circunstancias vigentes.

En la práctica, sin embargo, introdujeron enmiendas, correcciones e incluso conceptos nuevos. Se distinguían dos clases de amoraítas según sus tendencias conservadoras o innovadoras: los «Sinaí» y los «arrancadores de montañas» (*oker harim*). Los primeros se destacaban por su conocimiento de la Torá y la Misná, y los segundos por su ingenio y agudeza mental; de estos últimos sus propios adversarios decían que eran capaces de hacer pasar un elefante por el ojo de una aguja.

Una parte importante de la tarea amoráica fue la derivación de *principios halájicos* a partir de las sentencias casuísticas de la Misná, lo cual paradójicamente cerró un círculo: la Ley oral había desarrollado una extensa casuística basada en el estudio y la deducción a partir de ciertos principios. Ahora, se efectuaba el proceso inverso, es decir, inferir principios a partir de los casos particulares.

Los amoraítas efectuaron además ciertos aportes originales, que fueron recibidos como dotados de una autoridad igual a la de los tanaíticos.

«Los amoraítas continuaron el método de sus predecesores en la exposición de la Escritura, buscando fuentes y pistas en la Biblia para [respaldar] tanto los *halajot* de los tanaítas como aquellos nuevos que se habían desarrollado en su tiempo (Bek 47a). Como para los tanaítas, la exposición de las Escrituras servía para ellos no solamente como base para las leyes ya establecidas, sino como una fuente creativa de nueva legislación... Los amoraítas reconocieron claramente que el método de estudio derivado por los tanaítas y por ellos mismos, contenía mucho de original comparado con la tradición temprana.»¹⁰

Fue característico de los amoraítas el ocuparse de la agadá en mayor medida que sus predecesores, al punto que muchos de ellos se «especializaron» en esta área. Desde luego, ello resultó en un refinamiento y desarrollo de la exposición agádica.

Fue también en este período que el texto del Antiguo Testamento quedó definitivamente fijado en su vocalización y puntuación tradicionales. Si bien es probable que ya en la era tanaítica existiese un texto normativo (ya que numerosas regulaciones misnaicas parecen presuponerlo) la fijación escrita conforme a la tradición es por cierto posterior.

Aunque los manuscritos más antiguos conservados del texto hebreo tradicional datan del siglo IX, no hay evidencia de que haya habido ninguna modificación importante del texto hebreo (consonántico) en los seis siglos que van desde

el comienzo del período amoráico y aquellos manuscritos medievales.¹¹ Empero, debe tenerse en cuenta que la puesta por escrito del texto con sistemas *convencionales* de puntuación y vocalización es una obra posterior.

Se desconoce el número de amoraítas, pero aquellos identificables por nombre suman cerca de dos mil. Su actividad se desarrolló en dos zonas geográficas definidas: Palestina (Eretz Israel) y Babilonia. El florecimiento de los estudios rabínicos en Babilonia fue consecuencia de la emigración de numerosos estudiosos debido al empeoramiento de las condiciones de vida en Palestina, tras la revuelta de Bar Kojba.

Entre 220 y 375, época de las primeras cinco generaciones de amoraítas, coexistieron en Palestina y Babilonia numerosos eruditos organizados en academias. El título con que se aludía a cada uno de los sabios palestinos era Rabí, y en el caso de los babilonios, Rav. Ambos grupos tuvieron un fluido intercambio, de manera que en Babilonia se mencionaban las decisiones palestinas, y en el Talmud de Palestina aparecen dichos de sabios babilonios no preservados en el Talmud de Babilonia. Las tres últimas generaciones de amoraítas (375-500) fueron exclusivamente babilónicas.

El resultado de los desvelos de los amoraítas es conocido como la *Guemará* o Complemento. En rigor, existen dos *Guemará*s, emparentadas pero no iguales: la babilónica y la de Israel u occidental, llamada a menudo (impropiamente) de Jerusalén. Ambas difieren en estilo, extensión y contenido.

El Talmud

El *Talmud*, «Estudio» o «Aprendizaje», comprende tanto la Misná como la *Guemará*, aunque suele usarse en sentido restringido con referencia sólo a esta última. Luego, el Talmud babilónico es la interpretación y elaboración de la

Misná realizada en las academias de Babilonia, y el Talmud occidental su homólogo de Palestina.

El Talmud de Babilonia. Las principales academias orientales fueron las de Nehardea, Sura y Pumbedita, fundadas respectivamente por Abba Aricha, llamado Rav, Samuel y R. Judá. Normalmente, los sucesores de los directores de cada academia eran sus discípulos más destacados, lo que aseguraba la tradición. Por muchos años, los amoraítas analizaron y discutieron la Misná; como resultado de estas discusiones, se acumuló enorme cantidad de material oral, además del proveniente de diversas tradiciones no escritas. Tras varias décadas, esta nueva tradición oral comenzó a ponerse por escrito. Se admite que fueron Rav Ashi y Ravina quienes redactaron y concluyeron el Talmud babilónico. Según un comentador antiguo,

«R. Ashi y Ravina entonces pusieron las opiniones de los amoraítas de las generaciones previas en el orden apropiado, colocándolas según la secuencia de los tratados [de la Misná], refiriendo cada opinión a la Misná a la cual justamente pertenece. Hicieron preguntas y dieron las respuestas correctas, ellos y sus colegas, y lo pusieron todo en la Guemará.»¹²

Pese a la elogiosa descripción de Rashi, en realidad el texto resultante no es lo que propiamente pueda llamarse ordenado. El texto del Talmud babilonio es muy extenso: escrito en arameo, tiene cerca de dos millones y medio de palabras, o alrededor de 6.000 páginas. Posee estilo propio, resultado de su forma de composición, que es la puesta por escrito de la palabra hablada, de los diálogos entre maestros y discípulos. Por ello, carece de concisión y de sistema, lo que justifica que tradicionalmente se hable del *mar del Talmud*, «no sólo [por] su vastedad y ocultas profundidades, sino también por su falta de forma». El campo que abarca es nada menos que el de la vida humana en todas sus dimensiones, desde la más trivial hasta la trascendente. Es mucho más que un mero comentario a la Misná.

«Reflejando, como lo hace, la vida diaria del pueblo, y consistiendo mayormente en discusiones surgidas de incidentes reales, o conectadas con ellos, el Talmud babilónico es un verdadero almacén de información sobre la vida, costumbres, creencias y supersticiones tanto de judíos como de no judíos. Es una fuente para la historia, la medicina, la astronomía, el comercio y la agricultura, la demonología y otras formas de magia, la botánica, zoología y otras ciencias... En ella [la Guemará] se reúnen prolijamente, sin referencia alguna a su conexión con la Misná, cualesquiera declaraciones que durante siglos hubieran salido de los labios de los sabios; cualesquiera tradiciones concernientes a ellos o a sus actos; cualquier cosa que estuviera directa o tangencialmente relacionada con los grandes temas de la religión, la vida o la conducta. En adición, por tanto, a las discusiones legales y sanciones en cada aspecto de las obligaciones judías, fuesen ceremoniales, cívicas o morales, la Guemará contiene exégesis homilética de la Biblia, máximas morales, proverbios populares, plegarias, parábolas, fábulas y cuentos; registros de modales y costumbres judías y no judías; hechos y fantasías de la ciencia por parte de los instruidos; folklore judío y pagano; y toda la sabiduría y las creencias de los incultos. Este vasto y complejo material ocurre en toda la Guemará cuando el nombre de un autor, una cita casual de la Biblia, o algún otro accidente del pensamiento o estilo iniciaba una nueva asociación de ideas.»¹³

Aunque de seguro toda la Misná fue objeto de discusión en Babilonia, la Guemará en su forma definitiva no incluye comentarios de los seis órdenes de la Misná. Parece que sólo se pusieron por escrito las discusiones sobre temas de interés en ese tiempo y lugar. Así, en el primer orden, *Semillas*, que trata de agricultura, sólo hay comentario al tratado *Berajot*, que no es agrario, y se halla allí por conveniencia. Del último orden, *Purezas*, sólo se comenta un tratado. La Guemará de los restantes cuatro órdenes está casi completa.

Curiosamente, esto incluye el orden *Kodashim*, que trataba del servicio del Templo. Aunque tal servicio quedó abolido más de cuatro siglos antes, seguía siendo de interés por la opinión rabínica de que el estudio de dicho servicio en cierto modo reemplazaba su efectiva realización.

El Talmud palestino. Se basó en un texto de la Misná algo diferente del aceptado en Babilonia, y está redactado en otro dialecto arameo, muy mezclado con palabras griegas. Es el fruto de la erudición de tres grandes academias: Cesarea, Tiberías y Séforis. A diferencia del babilonio, el Talmud occidental comenta todos los tratados del primer orden de la Misná, ya que sus normas agrarias seguían aplicándose en Palestina. En cambio, con excepción de un tratado (*Nidda*, sobre la menstruación) falta comentario de los dos últimos órdenes. Le dedica mucho menos espacio a la agadá que el Talmud de Babilonia.

El estilo es heterogéneo, y existen contradicciones probablemente resultantes de diferencias de opinión entre las academias. El método de análisis de la Misná es diferente del babilónico:

«Donde la discusión del talmud babilónico tiende a ser prolija y discursiva, la del talmud de Jerusalén es suscita y concisa.»¹⁴

Los palestinos trataban más libremente el texto de la Misná, sin buscar armonizarlo como sus colegas babilonios. El Talmud occidental se dio por concluido debido al cierre de las academias causado por la persecución imperial; ello ocurrió más de un siglo antes de que se concluyera el Talmud babilónico.

Durante cerca de dos siglos, ambos talmudes coexistieron, conservando cada cual su autoridad en su territorio de influencia. Pero, en la época del surgimiento del iŕslam la autoridad de las academias de Babilonia —y de su Guemará— se extendió por toda Europa. Así, de hecho y sin sanción formal, el Talmud babilónico llegó a ser normativo. Su estilo y estructura —o la ausencia de ella— lo hacían más interesante que el sobrio rival palestino. En fin, su autoridad fue concluyentemente establecida por Isaac Alfasi, sobre la base del principio legal llamado *halajá kevatra ei*, según el cual

las decisiones deben conformarse a las de la última autoridad; ésta era, desde luego, el Talmud babilonio, concluido 125 años más tarde que el occidental.

Por tanto, cuando se alude al Talmud a secas, se hace referencia al Talmud de Babilonia, que devino la base y el objeto de la educación judía durante siglos, y cuya influencia sobre el pueblo judío difícilmente pueda exagerarse.